

LA
ESCLAVA
DE MANILA
JESÚS MAESO DE LA TORRE



Relato corto protagonizado por dos valientes jóvenes, Aurora e Imelda, ama y esclava, que viajan de la Manila colonial a la Cádiz cosmopolita de finales del S. XVIII. Páginas llenas de amor, aventuras y de la audacia necesaria para torcer los designios del destino.

El acaudalado armador don Natalio Zornoza emprende el largo y azaroso viaje de vuelta desde Manila hasta su Cádiz natal para presentar en sociedad a su hija Aurora. Los acompaña su esclava y dama de compañía Imelda, de exótica belleza, criada en la casa desde niña. Las dos jóvenes descubren con asombro las riquezas y costumbres de esa ciudad bella, rica y cosmopolita. Pero no son dueñas de sus propios destinos en una sociedad marcada por los intereses y los caprichos de los hombres...

Al amanecer, los expedicionarios del Galeón de Manila se concentraron en el malecón de Cavite. Una brisa húmeda les cortaba el resuello. Las chozas y los baluartes emergían de las sombras y una luz amarillenta difuminaba las siluetas del mastodóntico barco.

Dos jóvenes, ama y esclava, olieron el mar y oyeron el silbido del viento zumbando entre las arboladuras gigantes de la embarcación. Temblaban con el estruendo de la partida y se cogían del brazo de un criado. La esclava filipina se ocultaba de las miradas indiscretas bajo una capa de lana parda, y se pegaba a su también asustada dueña. Desde el primer instante, la sobrecogió el desafiante perfil de la colosal nave: la Santa Rosa de Lima, con su soberbio mascarón de proa que representaba un león policromado de singular belleza.

Imelda del Rosario era esclava del armador don Natalio Zornoza y dama de compañía de su hija Aurora, una joven de su misma edad, diecinueve años, rubia, frágil y asustadiza. Ella era en cambio una mujer esplendorosa a la que todos miraban por su exotismo. No necesitaba afeites ni polvos, pues su semblante brillaba con luz propia. Ya desde el mismo momento de embarcar, la tripulación cayó de inmediato en el embrujo de su natural seducción, y corrió el rumor de que era hija del emperador de China.

Don Natalio, cansado de vivir en Manila, deseaba presentar en sociedad a su hija, demasiado influenciada para su gusto por su confesor, y acaparada por los oficios religiosos. El armador era un hombre que vivía con desahogo, pues poseía, además de sus naves, una plantación cerca de Manila de té de Wulong, el llamado «beso de camello», el más puro de Fuján, de la misma China, que vendía en exclusiva a mercaderes ingleses en su casa comercio de la calle de la Carne de Cádiz.

Cuando el navío se hizo a la mar entre el griterío de la gente y se cargaron en el baluarte de Santiago las arcas y

las cajas de seguridad llenas de doblones, perlas de Ceilán y las joyas hindúes de oro —la carga más valiosa, que esperaban los oficiales del rey en Cádiz—, siete cañonazos, número de la suerte en Filipinas, despidieron a la Nao de la Seda y, de paso, a su sangrante corazón que se alejaba de los suyos.

El criado Maximiliano, un mulato libre que trabajaba en la casa desde niño y al que las muchachas querían como un padre, se arrodilló en la cubierta y rezó al milagroso Niño Jesús de Manila, para que los preservara de todo peligro, mientras las jovencitas se exponían en la proa a las brisas del océano del Sur.

Imelda tuvo el palpito de que ya nunca regresaría a su amada tierra natal. La esclava, —cuyo nombre natal era Xiao—, temía la larga travesía desde Manila a Acapulco en el Galeón de Manila —el «viaje de la Misericordia de Dios» lo designaban los nativos—, y luego desde Veracruz a Cádiz. Pero tras dos meses de tormentosa navegación avistaron Acapulco, y, tras trasladarse por tierra y descansar en Veracruz, cruzaron el Atlántico, protegidas por la segura Flota de Indias, y finalmente arribaron a Cádiz sin novedad.

La ciudad vivía un siglo mágico, donde las riquezas se multiplicaban en manos de los comerciantes y los cargadores de Indias. Gentes de todo el orbe merodeaban por su puerto, y cerca de cien mil almas se afanaban por sus calles.

Era tal la claridad del aire de Cádiz que la luz reverberaba en las torres miradores que oteaban sin desmayo el océano, y en las azoteas y los balcones sembrados de geranios que miraban al mar.

Imelda del Rosario, o la Filipina, como dieron en llamarla en los mentideros gaditanos, seguía siendo un misterio para los vecinos, no así Maximiliano, que ya había estado con el patrón otras veces en Cádiz. Solo salía de la casa en

las grandes celebraciones de la Iglesia, de la era fervorosa creyente, luciendo su belleza junto a Aurora, aunque caminando, eso sí, un paso atrás de su ama, junto al mulato, al tiempo que despertaba la envidia de las jóvenes casaderas y damitas atildadas del puerto gaditano.

A la filipina le seducía el embrujo de la bulliciosa ciudad andaluza, donde nadie se sentía extraño y el rumor del océano armonizaba sus aires como una orquesta. Pero lo realmente hermoso de Cádiz apenas si se veía. Se hallaba oculto en el interior de las casas y en sus estancias guarecidas tras las puertas, rodeadas de patios y zaguanes donde crecían los nardos y los jazmines blancos.

Cádiz hacía las veces de centro neurálgico del comercio nacional, y en sus salones, donde se hablaba en todos los idiomas, se servía café y chocolate. Y entre las acaloradas partidas de billar, una copa de *brandy* y el humo de un habano, los armadores de buques, entre ellos don Natalio, arreglaban tratos, ordenaban fletes, enrolaban tripulaciones, disponían los precios del palo de Campeche, de las salazones, del cacao, o de las sedas de Manila, o tasaban el valor del real de plata con el doblón mexicano.

Las casas de Cádiz maravillaban a la filipina, que no había visto nunca tal lujo. Olían a especias y vainilla, y los comerciantes destinaban los bajos para tiendas y almacenes donde se mostraban al público los escaparates y mostradores de venta. El reloj de la fortuna había sacado a Imelda de la indigencia en la que vivía en Manila. Apenas si se acordaba de su familia, que había escapado de la pobreza con los dos mil pesos que había recibido por su compra, siendo una niña de cuatro o cinco años.

Y daba gracias al cielo por su buena ventura. Sí, el reloj de su vida y de su fortuna marchaba acompasado y, aunque debía soportar el celo indisimulado del padre de su ama, don Natalio, entre platónico y enfermizo, se hallaba satisfecha por el trato que recibía de sus señores, y en especial de Aurora, su confidente, amiga y casi hermana.

Imelda poseía dotes curativas, inventaba y elaboraba bálsamos, pomadas y esencias y conocía las virtudes saludables de las plantas. En sus ratos libres, y a la trémula luz de los flameros del sótano, creaba bálsamos y cremas reparadoras y maceraba hojas con las que preparaba afeites y lociones para las damas gaditanas. Destilaba luego en su alambique aguas olorosas, que luego su amo vendía en la tienda de la calle San Francisco de *monsieur* Fatou, que las suministraba a precios prohibitivos. Una vez a la semana, el laborioso Maximiliano llevaba al francés tres cajas atiborradas de tarros de perfumes y redomas de fragantes ungüentos para las damas burguesas de los puertos.

A veces, el aroma intenso de las resinas adormecía mansamente los sentidos y Aurora e Imelda se quedaban dormidas en el obrador, con Aurora acurrucada en su pecho, como si añorara la madre a la que apenas recordaba, pues murió siendo ella muy niña.

El derroche odorífico de las más sofisticadas esencias orientales las transportaba a sueños deliciosos. Penetradas por una irresistible sutilidad de olores y, con el vaho de la amalgama de fragancias, permanecían horas con las manos entrelazadas y sus cuerpos jóvenes apretados, en un afecto que duraba horas a la luz titubeante de las lámparas de aceite. Despertaban con el rayo tibio del sol del postmeridiano que entraba por el tragaluz, henchidas de emociones que debían guardar en sus memorias.

Como suele ocurrir cuando la bonanza bendice a una familia, la paz y el sosiego se quebraron en la mansión de don Natalio, que perdió una de sus dos naves en un tifón que asoló las Antillas. Hallaron los restos en las costas de Barbados y lo que quedó fue expoliado por las gentes de las islas. Estaba casi arruinado. Pidió un préstamo a la Banca Aramburu de veinte mil reales para cambiar su negocio, y dedicarse con la que le quedaba a la importación de cochi-

nilla de México y del azogue de Brasil, donde, por otra parte, existía gran competencia.

En la Natividad del segundo año de estancia en Cádiz, tuvieron que prescindir de la mitad del servicio, excepto del bueno de Maximiliano, que puso dinero suyo, ahorrado durante años, para contribuir a la subsistencia de la familia. Natalio vendió a un consorcio holandés la nave que le quedaba, la más marinera y querida: la Atrevida. Se distanció de las muchachas, pero ellas, en cambio, ante la adversidad, unieron aún más sus corazones.

Después de la Epifanía, Aurora, cada día más melancólica, comenzó a visitar el dormitorio de la asiática y a quedarse con ella a dormir, costumbre hasta entonces inexplorada por ellas. Y entre pláticas y complicidades aminoraban sus penas. El vino dulce y la difusa atmósfera alimentaban sus intimidades y exploraban su piel y sus partes más ocultas. La exótica cámara de Imelda, repleta de redomas de aromas y cremas, se convirtió para Aurora en un lugar de sortilegios y sexo fuera del tiempo.

Y la desgracia de su padre le pareció menor y sin importancia.

—Me has devuelto el deseo de vivir y recompuesto mi alma rota. No me separaré nunca de ti, Xiao —llegó a confesarle la pasional Aurora, cuando un amanecer abandonaba la estancia con las luces de la alborada.

Aurora seguía recibiendo el cristiano consuelo del prior del convento de San Agustín, el vitalista fray Sebastián Gómez, así como su asistencia en los sacramentos, y acudía a él acompañada por Maximiliano, su inseparable y protectora sombra.

Pero un día nefasto, en el que la bruma se dispersaba desdibujando el perfil de una luna rotunda, las más terribles dudas afloraron en la mente de Aurora, testigo casual de una conversación que penetró en su alma como un estilete

turco. Aurora, tan asustadiza como un pajarillo, escuchó la plática de su padre en el despacho con un adinerado tratante genovés, *micer* José Jácome, un hombre de barba rizada y larga cabellera anudada con un lazo negro en la nuca, que mostraba un inusitado interés por su adorada Imelda, la Filipina, la llamaba una y otra vez, su refugio y abrigo de amistad imperecedera.

Aguzó los oídos. Hablaban de la asiática como si de un barril de pólvora se tratara, y eso la exasperó sobremanera.

—Yo me hago cargo de vuestra deuda, y vos me traspasáis a la filipina. Para cuando regrese de Gibraltar, en unas tres semanas, firmaremos el contrato y esa esclava pasará a ser de mi propiedad —le ofreció tentador.

—Así será, don José —reconoció don Natalio—. Tenéis mi palabra.

—Espero sacar buenos dineros con su saber en los emplastes, esencias y pócimas curativas, que venderé en mi almacén —habló el negociante con voz ronca, y sus palabras entraron como un trueno en el cerebro de Aurora.

—Bien sabe Dios que jamás hubiera tomado esta determinación de no ser por mis reveses financieros, don José. Mi hija Aurora se apenará, pero dará su aprobación. Su madre se la regaló siendo una niña, y en puridad podría negarse a venderla, pues le pertenece —escuchó a su timorato padre, que se dejaba engatusar por el astuto genovés.

—Nada que un padre con mano firme no pueda conseguir. La ley está de vuestra parte al no estar casada aún, señor Natalio —dijo Jácome.

Lo que había escuchado Aurora la había dejado helada, sin pulsos. ¿Acaso su padre ignoraba que Jácome poseía la red de prostitución más extensa, fructífera y próspera del reino, y que sus burdeles y mancebías se extendían desde Cádiz a Cuba y desde allí a México y Filipinas?

«¿Imelda una prostituta de burdel? ¡Jamás!», pensó.

No, no podía creer semejante acción del bueno de su padre, a quien el desastre financiero había arruinado sus

caudales y también su salud, pues hubo de acudir al médico por unos cólicos desgarradores y un dolor de pecho lacerante.

En unas semanas sería separada para siempre de su buena amiga, y su corazón no lo resistiría. Su afecto excedía todo lo mundano y moriría de desolación.

La noche se volvió descolorida para Aurora. Su quietud se había visto alterada por tan fatal revelación, llenándola de espanto. Pero estaba decidida a cambiar las tornas. Tenía tres semanas para subvertir la situación. Se dirigió a su habitación para disponer en orden sus pensamientos y proyectar un plan para que Imelda no fuera vendida a Jácome y llevada a la fuerza a un infecto lupanar, su seguro destino.

«Morirá en menos de dos años», pensó afligida. «Las bubas y la sífilis la devorarán y sufrirá la humillación y los malos tratos de unos crueles pervertidos, sometida día y noche a sus apetencias. No, esa flor no lo merece».

Obraría con astucia y a espaldas de su padre, y contaría con la ayuda del afable padre Sebastián, una institución de humildad y caridad en el emporio gaditano.

El tibio sol convirtió la mañana invernal de Cádiz en radiante. Aurora estaba nerviosa e inquieta. Nada reveló a la esclava, ni al fiel Maximiliano, y menos aún a su padre. Su plan bebía del secreto, la reserva y la presteza. Debía proteger a Imelda de los codiciosos propósitos de su padre y proteger y ocultar a su amada amiga en el único e inexpugnable laberinto donde nadie podía husmear, pues lo protegía la divina ley de Dios. Solo así conseguiría salvar a Imelda del nefasto destino que le preparaban su padre y el sórdido *micer* Jácome.

Rogó a un hermano lego que avisara a fray Sebastián, un fraile de amplia calvicie, ojos alegres y rostro risueño, que la recibió extrañado por la urgencia.

—Escuchad, os lo ruego, padre. Traigo un asunto capital.

—Pues cuéntamelo, hija mía. Dios todo lo escucha y comprende.

—Eso espero, *pater* Sebastián. Veréis. Llevo años sintiendo la llamada de Jesús, que me solicita entregar mi vida a la oración —confesó terminante y el fraile vio alterado su aire beatífico, su tez sonrosada y su menuda figura, que se estiró como un palo—. Dicho de otro modo, he decidido entrar como novicia en el convento de Santa María.

Fray Sebastián abrió sus ojos claros desmesuradamente.

—¿Qué me dices Aurora?! Dicho así, me conturba, hija mía.

—Es el fruto de meses de meditada reflexión, padre. Estoy decidida.

—Espero que no se trate de un capricho, sino de una promesa de por vida y de asumir sacrificios, ayunos, penitencias y de renunciar a la procreación. ¿Lo has meditado y escuchado la voz de Cristo dentro de ti?

—Así es, padre Sebastián. Ya sabéis que mi añorada madre fue bautizada y se casó ante el altar de Nuestra Señora de la Concepción de ese mismo convento.

—Lo sé, lo sé, hija.

El fraile agustino era el paradigma del asombro y del estupor.

—¿Y tu señor padre conoce esa determinación?

—No, pero tengo edad suficiente, y gobierno mis propias decisiones, como para tomar esta tan trascendente. Es una cuestión entre Dios y nosotras. Mi padre nada tiene que ver en esto —afirmó concluyente.

—¿Has dicho nosotras? —chilló el piadoso monje.

—Así es. Este deseo vocacional es compartido por mi esclava Imelda, que también desea fervientemente entrar conmigo en la comunidad de franciscanas concepcionistas y dedicarse conmigo a Dios. ¿Entendéis bien, padre? —dijo rotunda.

—Bien, bien. ¡Es admirable y me congratula! Pero esa filipina es esclava y solo puede entrar como tal en el convento si así lo determina su dueño, o dueña. No puede tomar los hábitos si no es libre, pues carece de derechos, Aurora. Tú lo sabes bien.

—No desde esta misma mañana, padre —lo cortó—. Hace una hora que mi criado Maximiliano entregó los documentos para su manumisión en el despacho del abogado Mendizábal. En solo unos días será libre, y súbdita con todos los derechos del Rey Nuestro Señor —atestiguó categórica—. Esa esclava, por derecho de herencia de mi madre, me pertenece, padre.

—¡Por Dios Vivo que me dejas sin habla! —aseguró el tonsurado—. ¿Has hablado con la superiora del cenobio? Es preceptivo, ¿lo sabes?

Aurora, con una firmeza y decisión que confundía al desconcertado fraile, prosiguió en la revelación que lo mantenía en vilo.

—Nadie ignora en Cádiz que gracias a mi antepasado, don Esteban Blanqueto, se emprendieron en Santa María importantes mejoras, disponiendo a sus expensas la nueva Capilla Mayor —insistió ardiente—. Y que, bajo el patronazgo de mi bisabuelo, se arregló la clausura, dotándola de celdas, capilla y refectorio. ¿Creéis que la madre Genoveva de la Cruz se opondrá a mi meditado deseo y al de esa hija del Creador?

—No, no creo, Aurora. Tu familia es su benefactora secular. Además, intuyo que tu vocación es sincera. Conozco bien el progreso de tu exquisito espíritu. Has desechado varios casamientos provechosos, indicativo de que algo desde dentro de ti te llamaba hacia la condición religiosa —la animó el aún sorprendido agustino.

Fray Sebastián se sumió en una honda cavilación, y le preguntó:

—¿Y en cuanto a la dote obligatoria para ingresar? Si tu padre no la procura, es difícil ingresar en el claustro —le ex-

plicó severo.

—La asignación que mi madre me legó para mi casorio, la traspaso al convento en su integridad. Solo dejo para un futuro mi plantación de caña en Luzón, que también me pertenece. Es una suma relevante que pagará su estancia y la mía de por vida. Además, Imelda del Rosario ofrecerá al convento la sabiduría de sus manos para elaborar bálsamos curativos. Vidas, bienes materiales para Santa María, y dos almas deseosas de ofrecer su virginidad y sus existencias al Altísimo.

El sacerdote nunca había visto en ella mirada tan vehementemente, y por más que elucubraba, no entreveía una causa oculta o un capricho pasajero en su determinación que pudiera comprometerlo en el futuro. Y conociendo su vigor espiritual, le parecía hasta lógica su mística decisión.

—Bien, Aurora, procedamos. Iré a ver a la madre Geneveva y le trasladaré tu petición. Después pasaré por el obispado y le anunciaré la nueva al consiliario diocesano, don Vicente Mira, hombre de Dios, versado en derecho canónico.

—Lo dejo en sus manos, padre Sebastián —afirmó Aurora.

—Es proverbial la gran generosidad de *micer* Mira, y en definitiva él será quien examine la petición y tu árbol genealógico, y firme el beneplácito para tu entrada y la de Imelda en clausura como novicias, hasta que profeséis en la orden con los votos mayores —le explicó el proceso—. Convendría aportar una limosna para la catedral, como muestra de buena voluntad. Abrirá muchas puertas.

—Mañana Maximiliano la llevará al obispado, padre.

—De acuerdo, pero me preocupa tu padre, don Natalio. Su salud no es buena.

Con unos gestos desmadejados por la excitación, Aurora le aseguró:

—Nada puede objetar, padre, y lo haremos con o sin su consentimiento. Maximiliano y el ama de llaves lo cuidarán.

Él anda en sus provechos. ¿Acaso las leyes de los hombres son superiores a las de Dios? ¿Puede oponerse a la salvación de nuestras almas y a la llamada del cielo? Somos mayores en edad, sabiduría y gobierno delante del Creador y de los hombres. Yo me ocuparé de él.

Aurora no sabía cómo comunicar aquel bombazo emocional a su padre. Aprovechó la comida del día siguiente para anunciarle la decisión que había tomado junto a su mentor espiritual y que llevaba tiempo meditando. Eran los argumentos que esgrimiría. Ante la absorta mirada de su progenitor le narró la plática mantenida con fray Sebastián, mientras su padre, atónito, dejaba de comer y la miraba de hito en hito.

—Es una decisión largamente meditada, padre, e irrevocable, por parte de las dos. Y si antes no os lo comuniqué y tomé las medidas para ingresar en el convento de Santa María, es porque la decisión fue tomada definitivamente en la tarde de ayer y comunicada hoy a fray Sebastián, mi confesor, y a la madre superiora de Santa María.

—¿Las dos?! ¡¿Qué dos?! —se interesó desesperado.

—Imelda y yo, padre —replicó resuelta y decidida—. Las dos hemos decidido ingresar en el convento de Santa María, del que mi madre era bienhechora.

Aurora habló envalentonada y sabía que el derecho la asistía y que cualquier tribunal, si andaba la Iglesia tras la pretensión, sentenciaría a su favor, así como la liberal sociedad gaditana, y cómo no, las limosnas al obispado y la congregación mariana, que abrían muchas puertas.

Era su forma de rebelarse contra la justicia de los hombres y contra una suerte tiránica adornada de oro que sufría desde que era una niña, y que su mismo padre había precipitado con su decisión de vender a Imelda al tratante genovés.

El primer paso estaba dado, y aguardó serena las bravatas de su padre. La suya también era la prueba más arriesgada de su vida, pero sabía que su término era el éxito. Comprobó que le sobrevinía una fuerte sacudida. Don Natalio tenía el presentimiento de haberse metido en un barranco de donde podría muy bien no salir indemne.

Rojo como un licor de Burdeos, envanecido, glacial y tieso como un tronco, se dirigió a su hija con un gesto malcarado y conminatorio:

—¡No puedes hacerlo sin mi permiso, Aurora!

Don Natalio bufaba, gruñía y se desesperaba. Enfadado, le gritó:

—¡Además pensaba poner en venta a Imelda para paliar nuestras deudas! Iba a comunicártelo, querida, créeme.

Con el temor metido en el cuerpo, la joven, que comprobaba cómo su padre no le decía toda la verdad, concluyó grave:

—Errónea decisión, señor y padre. Imelda, según los papeles que obran desde hoy en poder del abogado Mendizábal, es de mi exclusiva propiedad. Ha sido manumitida por mí y no precisa de vuestro permiso. Nuestro deseo de profesar en una orden religiosa es legal a causa de nuestra edad y solvencia económica. Aportaré mi dote materna al convento. Así lo refrendan fray Sebastián y el canónigo *micer* Vicente Mira, quienes desde ayer gestionan mi petición —le reveló.

—¿A espaldas de tu padre, Aurora? ¡Me sorprendes!

—Te lo comunico cuando he sabido que era posible y que nuestras vocaciones obedecían la voz de Jesús y no del Maligno —mintió.

Los gestos de don Natalio eran arrebatados. Apartó de un manotazo el vino y el vaso de cristal veneciano cayó al suelo.

—¡Me opondré, Aurora! —berreó incontrolado—. Me dejás en ridículo entre nuestras amistades y clientes.

En tono adúlón y exhibiendo una inocente simpleza, la joven replicó:

—Ignoraba que pensabas vender a Imelda, te lo aseguro. No esperaba eso de ti. Y me parece innoble y grotesco sabiendo de nuestro apego desde muy niñas. Pero ahora veo que la Providencia divina ha conducido mis pasos y aspiraciones a su debido tiempo. Los caminos de Dios son providenciales. Los siento, padre, pero me acojo a la Misericordia del Creador. No creo haberte ofendido gravemente, aunque tal vez disgustado, pero me debo a Jesús, a su decisión de llamarnos y a su complacencia divina —adujo, y compuso un gesto falso de humildad y sumisión a Dios.

—¡Aurora, tú debes ser un modelo de obediencia a su padre, no una hija desconsiderada! —vociferó don Natalio fuera de sí.

Le había mentido, pero su único propósito era salvar a Imelda de una vida de horrores en un burdel de Manila, y lo haría, aunque contrariara a su padre. Aurora se abismó en un silencio reverente, acentuando la gran contrariedad de don Natalio, que sabía que había perdido la partida. Había extraviado el aliento y se sentía frustrado. Pero conocía las leyes al respecto. La joven no podía flaquear.

—Padre mío, si pones alguna objeción a nuestro santo empeño, nos perderás a las dos. Si aceptas el deseo del Señor, solo a Imelda. Tú decides. Servir a Dios es lo más grande y excelso para una cristiana. Y desde hace meses las dos lo deseamos fervientemente. Cádiz entero se enterará que te opones a los deseos de Dios.

La terrible verdad resonó en la cabeza de don Natalio, como una lápida cuando cae sobre una tumba. Torció el gesto como si le hubieran hecho tragar un trozo de pederual. Se produjo una espera interminable, y, tras unos largos minutos de reflexión, dijo el hombretón al fin, aunque sin mirarla a los ojos:

—Sea tu voluntad y la del Señor, Aurora. Sé que nada podré hacer ni contra tus aspiraciones, que espero sean ín-